

Zygmunt Bauman: una voz sólida en una sociedad líquida

José Ignacio García-Valdecasas

Profesor Ayudante Doctor. Departamento de Sociología

Universidad de Valladolid

Email: joseignacio.garcia-valdecasas@uva.es

Recibido: 6 de abril 2017

Aceptado: 10 de abril de 2017

RESUMEN: el artículo ofrece algunas claves interpretativas de la obra de Zygmunt Bauman, fallecido en enero. Se parte de la metáfora de la "liquidez" como hilo conductor de su pensamiento para, de este modo, interpretar los problemas y los malestares que asolan la sociedad contemporánea. Se reflexiona también sobre el impacto que tiene el paso de la modernidad sólida a la líquida en diversos aspectos de la vida del individuo: la libertad, el consumo, la identidad, el amor y la soledad. Se defiende, por último, que las raíces del pensamiento crítico de este autor radican en su firme compromiso con las víctimas de la historia.

PALABRAS CLAVES: modernidad líquida, modernidad sólida, holocausto, libertad, identidad, víctimas de la historia, amor.

1. Una biografía marcada por los horrores del siglo xx

Zygmunt Bauman, sociólogo y filósofo de origen judío, nació el 18 noviembre de 1925 en Poznan (Polonia) y murió el 9 de enero de 2017 en Leeds (Reino Unido). Con él se apaga una de las voces más críticas de la sociedad contemporánea y sin duda una de las más influyentes. En su larga trayectoria vital sufrió en carne propia muchos de los horrores del siglo xx: la guerra, el miedo, la persecución,

el hambre, las purgas, el racismo y el exilio. No es casualidad, por tanto, que su pensamiento crítico surja precisamente del sufrimiento de las víctimas de la historia. Junto con su humilde familia, judía aunque no practicante, Bauman escapó de la invasión nazi de Polonia en 1939 y se refugió en la URSS. Posteriormente, se alistó en el Ejército Rojo, llegando a recibir la prestigiosa cruz militar al valor. Tras la guerra, regresó a Varsovia donde se casó con Janina Lewinson (una judía superviviente del

gueto de Varsovia, escritora y su compañera hasta su muerte en 2009). Empezó a estudiar sociología en la Universidad (disciplina suprimida posteriormente por ser considerada como una ciencia social burguesa), pero terminó estudiando filosofía (especializándose en filosofía marxista). Fue profesor de Ciencias Sociales en la Universidad de Varsovia y se afilió al partido comunista polaco. Bauman, en estos años, consiguió articular y desarrollar una intensa carrera como militar condecorado, profesor universitario y militante comunista.

Sin embargo, tuvo que dejar su tierra natal por segunda vez en 1968 debido a las purgas que se desataron por las protestas estudiantiles contra la censura del régimen, así como al clima antisemita en el contexto internacional originado por la guerra de los seis días. Fue acusado de apoyar la revuelta estudiantil y corromper a la juventud. El mismo régimen comunista que había defendido con las armas y las palabras le obligó a abandonar no solo su cátedra, sino también su país. Se instaló primero en Israel y después en Estados Unidos, Australia y Canadá, y a partir de 1972 en Leeds, en cuya universidad fue contratado como profesor de Sociología (y donde llegó a ser director de departamento). Y

ya no se movió más, excepto para explicar su pensamiento por medio mundo. Junto con el también sociólogo francés Alain Touraine, recibió en España el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2010.

Su obra es bastante amplia: escribió 57 libros y más de cien artículos. Trata de cuestiones tan diversas como el holocausto, los movimientos sociales, la modernidad, la burocracia, el consumismo, la globalización, los nuevos tipos de pobreza, la hermenéutica, la exclusión social, entre otros temas, pero siempre aplicando las mismas categorías analíticas: “En todos mis libros constantemente entro en la misma habitación, solo que entro por diferentes puertas, de modo que veo las mismas cosas, pero desde una perspectiva diferente”¹. Este artículo se va a centrar especialmente en las dos obras que muchos autores consideran como las más importantes de su pensamiento: *Modernidad y holocausto* (1989) y *Modernidad líquida* (2000). La obra de Bauman no pretende ofrecer teorías o sistemas definitivos. Se limita a poner de manifiesto nuestras propias contradicciones sociales y existen-

¹ H. WELZER, “On the Rationality of Evil: An Interview with Zygmunt Bauman”, en *Thesis Eleven* 70 (2002), 100-102.

ciales, así como las tensiones que surgen cuando los seres humanos nos relacionamos entre sí². No escribió nunca para agradarnos, sino para agitarlos, puesto que creía en el poder de las ideas y de los argumentos para cambiar el mundo.

2. Las ciencias sociales construidas desde los olvidados

Filósofos y sociólogos de la posmodernidad han recurrido, durante las últimas décadas, a conceptos y metáforas para describir o interpretar la sociedad en la que vivimos: el fin de los grandes relatos de Lyotard, el pensamiento débil de Vattimo, la hiperrealidad de Baudrillard o los no-lugares de Marc Augé son algunos de los ejemplos más famosos que pretenden dar razón e imagen del mundo contemporáneo. Bauman, por el contrario, ha preferido hablar de modernidad líquida para describir y criticar la sociedad actual³. En efecto, "líquido" es una de las categorías centrales que articula la obra de Bauman y que ha conseguido abrirse paso por derecho

propio tanto en la literatura especializada como en el lenguaje de la calle. Con el concepto "líquido", Bauman describe la sociedad actual: individualista y despiadada, que avanza vertiginosamente pero sin rumbo, y que cambia compulsivamente pero sin consistencia. Igualmente, mediante dicho término, es la propia sociedad la que trata de entenderse a sí misma, captando de algún modo el difuso malestar que padece en medio de su ofensiva riqueza económica y su amenazante desarrollo tecnológico.

Es importante aclarar, desde el principio, varios equívocos que acompañan el pensamiento de este autor. En primer lugar, Bauman es un sociólogo de la postmodernidad, pero no es un sociólogo postmoderno⁴. Es un sociólogo de la postmodernidad porque intenta en sus obras describir cómo es la sociedad postmoderna, aunque no prescribir cómo debe ser. Pero no es un sociólogo postmoderno en sentido estricto porque su crítica feroz contra dicha sociedad la realiza en nombre de la razón ilustrada.

En segundo lugar, Bauman fue siempre reacio a utilizar el térmi-

² A. VÁZQUEZ, "Modernidad Líquida y Fragilidad Humana", en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias sociales y Jurídicas* 19 (2008), 3.

³ J. PICHEL, "La sólida mirada de Zygmunt Bauman", en *InfoLibre*, 15 enero 2017.

⁴ L. ARENAS, "Zygmunt Bauman: Paisajes de la modernidad líquida", en *Revista Internacional de Filosofía* 54 (2011), 112.

no “postmodernidad” porque defendía que la modernidad es una etapa histórica que todavía no ha terminado. Señaló que “nuestra sociedad es una versión privatizada de la modernidad”⁵, ya que las preocupaciones privadas se confiesan y se exhiben en el escenario de la esfera pública, lo cual podría ser interpretado como una señal de la decadencia de la democracia. Afirmó que “cuando nuestras creencias, valores y estilos han sido privatizados [...] los sitios que se ofrecen para el arraigo se parecen más a un hotel que a un hogar”⁶. Se ha pasado, por tanto, de comunidades unidas por el compromiso mutuo (hogar) a comunidades percheros de quita y pon (hotel)⁷.

Desde un punto de vista ontológico, Dilthey concebía la realidad escindida en dos regiones: la naturaleza y el espíritu⁸. Las diferencias ontológicas entre ambas regiones suponen distintas perspectivas epistemológicas: mientras que la naturaleza es susceptible de ser

explicada, el espíritu debe ser comprendido. La pregunta que surge de este planteamiento es la siguiente: ¿cuál el espacio ontológico y epistemológico de la sociología? Si el objeto de estudio de la sociología cae bajo los dominios de la naturaleza, entonces la sociología debe explicar dicho objeto; por el contrario, si se encuentra en el territorio del espíritu, entonces la sociología debe comprenderlo⁹. Bauman asume que el objeto de estudio de la sociología pertenece al reino del espíritu, y, por tanto, que la sociología es una ciencia esencialmente comprensiva, pero no una disciplina explicativa, lo cual no implica obviamente ningún menoscabo para las disciplinas de la naturaleza. Su obra es un intento de extraer las consecuencias de esta tesis teniendo en cuenta a las víctimas de la historia.

Bauman critica la pretensión de neutralidad de las ciencias sociales, siguiendo la mirada de la “teoría tradicional y teoría crítica” de Horkheimer. Las teorías sobre la sociedad son producto de la sociedad y a su vez participan en la tarea de construirla. Por tanto, hacer sociología es tomar partido por

⁵ Z. BAUMAN, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2000, 6.

⁶ *Ibid.*

⁷ R. DE QUEROL, “Muere el pensador Zygmunt Bauman, padre de la modernidad líquida”, en *El País*, 10 de enero de 2017.

⁸ P. RICOEUR, *Del Texto a la Acción, Ensayos de Hermenéutica II*, Fondo Cultura Económica, Buenos Aires 2001.

⁹ J. I. GARCÍA-VALDECASAS, “Explicación, mecanismo y simulación: otra forma de hacer sociología”, en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias sociales* 24 (2014), 38.

un determinado tipo de sociedad. Por acción u omisión, las ciencias sociales no pueden ser neutrales. La sociología siempre es partidaria¹⁰. Además, a su juicio, una parte importante de las ciencias sociales cometen un error epistemológico crucial: confundir la exactitud con la verdad¹¹. En su intento de emular el éxito de las ciencias físicas y naturales, muchos científicos sociales apuestan por la exactitud y renuncian a la verdad. Exactitud que se traduce en multitud de afirmaciones triviales, pero modelizadas con sofisticadas técnicas. Bauman, consecuentemente, defiende para las ciencias sociales, y, en particular para la sociología, un modelo hermenéutico que pretende interpretar más que explicar la sociedad contemporánea. Pero quizás la aportación epistemológica más importante fue pensar la sociedad desde los excluidos. Puso el cariño a los más desvalidos en el centro de su pensamiento y cuestionó la sociedad contemporánea desde las víctimas de la historia. Por esta razón, criticó las Ciencias Sociales que siempre olvidaron a los más pobres por dedicarse casi exclusivamente a tratar de alcanzar el prestigio de las ciencias físicas y naturales. La prioridad para las ciencias sociales ha sido tratar

¹⁰ L. ARENAS, *art. cit.*, 113.

¹¹ *Ibid.*

de conseguir el éxito en la sociedad, antes que pretender construir unas Ciencias Sociales desde los olvidados¹².

3. El holocausto como consecuencia de la modernidad

Muchos autores interpretan el holocausto como el fracaso del proyecto moderno. Sin embargo, Bauman señala que el holocausto es una consecuencia de la modernidad, aunque no inevitable. Se hace eco, en primer lugar, de las palabras de Horkheimer y Adorno en la *Dialéctica de la Ilustración*: “la Ilustración, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los seres humanos y de convertirlos en señores. Pero la tierra enteramente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura”¹³.

Bauman sostiene, en *Modernidad y holocausto*, que el holocausto no debe ser considerado como un hecho aislado en la historia del pueblo judío, sino como la consumación del mundo moderno domina-

¹² F. VIDAL, “Zygmunt Bauman: Ideas sólidas para un mundo líquido”, en *Entreparéntesis*, 10 de enero de 2017.

¹³ M. HORKHEIMER – T. ADORNO, *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Sur, Buenos Aires 1971, 15.

do por los valores de la pureza y el orden como instrumentos para el progreso. Describe la modernidad sólida con la metáfora del jardín: para mantenerlo hay que sembrar, regar, cuidar y arrancar las malas hierbas. Basta señalar a un pueblo determinado como una mala hierba que obstaculiza el progreso hacia la sociedad perfecta y utópica, como ocurrió con el pueblo judío, para que se le pueda perseguir y exterminar¹⁴. Cualquier sociedad donde impere una racionalidad meramente instrumental, con un lenguaje cosificador, dirigida por una burocracia poderosa, donde la división del trabajo lleve a tareas más pequeñas y especializadas, cuyo valor central sea la eficiencia y donde la obediencia a las reglas sea considerada como intrínsecamente buena puede crear una maldad como el holocausto. Muchos autores consideran el holocausto como un hecho específicamente antijudío. Sin embargo, Bauman sugiere que el papel de víctima o de verdugo puede ser ocupado por cualquier minoría étnica o religiosa. Si así fuera, se rebajaría el sentimiento de culpa del pueblo alemán y se reduciría la superioridad moral del pueblo judío¹⁵. La actual opresión del Estado de Israel sobre el pueblo palestino

parece servir de prueba de hasta qué punto víctimas y verdugos pueden ocupar posiciones intercambiables.

Pero Bauman da un paso más y señala que para ser cómplice de una barbarie como el holocausto no hace falta odiar a nadie en particular. Solo basta con ser indiferente, suspender nuestro sentido moral y obedecer ciegamente la tarea que nos han asignado de manera eficiente¹⁶. “La Modernidad no hizo a la gente más cruel; solo inventó un modo en que gente no cruel podían llegar a hacer cosas crueles. El mal ya no necesita gente malvada. Gente racional, hombres y mujeres cómodamente instalados en la red impersonal de la organización moderna lo hacen perfectamente posible”¹⁷. Es la presencia del rostro del Otro, como defendía Lévinas, lo que da sentido a mis obligaciones morales para con él. Por tanto, es la ausencia o la distancia del rostro del Otro, como mostraron los experimentos de Zimbardo, lo que elimina mis obligaciones morales. La burocratización, la mecanización y la cuantificación que caracterizan la modernidad per-

¹⁴ L. ARENAS, *art. cit.*, 114.

¹⁵ *Ibid.*, 114.

¹⁶ *Ibid.*, 115.

¹⁷ Z. BAUMAN, “The Holocaust: Fifty Years Later”, en D. GRINBERG (ed.) *The Holocaust: Fifty Years Later*, Jewish Historical Institute of Warsaw, Warsaw 1993, 27.

miten que el mal sea banal, como señalaba Hannah Arendt. Por consiguiente, "Mientras uno no vea los efectos prácticos de su acción [...] es poco probable que aparezca un conflicto moral"¹⁸.

4. El tránsito de la modernidad sólida a la modernidad líquida

El paso de la etapa sólida de la modernidad a la líquida está caracterizado por una profunda desregulación en todos los ámbitos de la vida (el amor, el trabajo, la política, la identidad, la familia, la amistad, etc.). Los individuos pretenden alcanzar mayores cuotas de libertad en este proceso de desregulación de la vida; sin embargo, tienen que hacer frente a un aumento de la inseguridad y la ansiedad que genera este proceso. El horizonte de la modernidad es la emancipación de los seres humanos, pero una consecuencia inesperada de la tarea de lograr dicha emancipación es la incertidumbre y el miedo a los que se enfrentan las personas. Además, en la modernidad líquida la responsabilidad de la emancipación recae sobre el individuo privado y no sobre la colectividad, como ocurría en la modernidad sólida.

¹⁸ Z. BAUMAN, *Modernidad y holocausto*, Sequitur, Madrid 1998, 194.

El individuo en la sociedad líquida está solo y no existe nadie a quien recurrir en busca de ayuda. Es el resultado del proceso de privatización de la vida que acompaña la sociedad líquida. Es el individuo en solitario el que tiene que asumir la responsabilidad de gestionar la libertad que reclama. La sociedad líquida concibe la libertad como la emancipación de las jerarquías o de los discursos normativos que limitan la voluntad de los individuos¹⁹. Es decir, se siente más libre porque ya no están obligados a obedecer a Dios, al Estado, al padre, a los imperativos morales o a los compromisos con la historia. Por otro lado, la libertad tiene una dimensión positiva (capacidad para llevar adelante tus propios proyectos), además de la negativa (emancipación de la norma exterior). Pero la modernidad líquida solo reivindica la dimensión negativa de la libertad y calla totalmente sobre la dimensión positiva.

El modelo de sujeto libre en la sociedad líquida es el consumidor. La felicidad en la sociedad consumista ya no se alcanza satisfaciendo los deseos de los individuos, como antaño, sino aumentando constantemente la cantidad y la intensidad de lo que se desea. Así pues, el éxito de la sociedad con-

¹⁹ L. ARENAS, *art. cit.*, 116.

sumista radica paradójicamente en la perpetua insatisfacción de los consumidores²⁰. Los individuos están dispuestos a reconocer la inmediata obsolescencia del objeto adquirido (un coche nuevo, un amor nuevo, un partido político nuevo, una religión nueva, un empleo nuevo, etc.) y se lanzan a la búsqueda del siguiente producto que satisfaga sus deseos, intereses y necesidades, y así sucesivamente. En las sociedades consumistas, la libertad se ha transformado en una nueva obligación imperiosa: la obligación de consumir. Los problemas de la sociedad líquida no vienen del exceso de prohibiciones, sino del exceso de posibilidades²¹.

El derecho de ciudadanía en la modernidad líquida solo recae en aquellos individuos que tienen la capacidad para comprar. Los individuos que no poseen dicha capacidad son excluidos de la vida social: los pobres, los mendigos, los parados, los sin techo, los inmigrantes ilegales, etc., constituyen la nueva mala hierba que hay que extirpar de las ciudades como lo fueron los judíos en la modernidad sólida²². La pobreza siempre

tiene algo de sospechoso en la sociedad líquida. La pobreza ya no es resultado de cómo está organizada la sociedad, sino que es consecuencia de la falta de voluntad y la carencia de talento de los individuos. Vincular la pobreza con la criminalidad destierra a los pobres del mundo de las obligaciones morales²³. “El fracaso redunda en culpa y vergüenza, no en protesta política”²⁴. La promesa de la libertad era pues una bendición a medias. La libertad encierra una nueva obligación: la obligación de consumir. El nuevo imperativo categórico de la sociedad líquida podría decir así: “juega bien tus cartas, es lo único que posees”²⁵.

5. La identidad volátil

La identidad de los seres humanos en las sociedades antiguas estaba determinada por el sexo, la etnia y la clase social a la que se pertenecía. La movilidad social, por tanto, era prácticamente imposible en dichas sociedades. Sin embargo, en la modernidad sólida, la identidad puede ser un logro del individuo. Es decir, el resultado de una elec-

²⁰ Z. BAUMAN, *Vidas de Consumo*, Fondo Cultura Económica, México 2007, 71.

²¹ *Ibid.*, 130.

²² Z. BAUMAN, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona 1998, 120.

²³ *Ibid.*, 120.

²⁴ Z. BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, Antropos, Barcelona 2005, 261.

²⁵ Z. BAUMAN, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, 116.

ción y de una tarea de toda una vida. Así pues, la movilidad social es posible en tales sociedades. Pero en la modernidad líquida, la conquista de una identidad es siempre volátil y efímera. Lo que tiene de moderno nuestras sociedades contemporáneas es que la identidad debe ser todavía conquistada, pero lo que de líquido hay en dichas sociedades es que tal conquista es siempre parcial, momentánea y fugaz²⁶.

La centralidad del trabajo en las sociedades industriales daba un sentido a la vida y otorgaba una identidad. El resto de las actividades vitales se organizaban a partir de un trabajo estable para toda la vida. Sin embargo, en las sociedades actuales, el trabajo ha perdido su centralidad y ha pasado a un segundo plano, y, por tanto, ha dejado ser fuente de identidad y sentido. ¿Dónde puede el individuo de la sociedad líquida encontrar identidad y sentido?

El individuo en la sociedad actual se encuentra atrapado entre la necesidad de cimentar una identidad propia y el riesgo de que dicha identidad sea un pesado lastre para seguir viviendo. Así que somos nosotros mismos, pero no por demasiado tiempo. La recons-

trucción del yo en la modernidad líquida parece una tarea inacabable como el castigo de Sísifo en la mitología griega. Sin embargo, una forma de evitar el problema de la perpetua autoconstrucción del yo, es considerar la identidad como un bien de consumo que se vende y se compra en el mercado. Es por tanto en el mercado donde el individuo logra encontrar una identidad y sentido aunque sea efímero.

El amor también es líquido en la sociedad contemporánea. Por un lado, los individuos necesitan relaciones afectivas y entrañables con los demás; por otro lado, les molesta el compromiso de relaciones sólidas y estables. A partir de cierto nivel de compromiso, las relaciones se convierten en una pesada carga que no estamos dispuestos a asumir durante demasiado tiempo²⁷. Las relaciones personales han dejado de ser el lugar de la lealtad y el compromiso a largo plazo. Las relaciones que se imponen son las relaciones de bolsillo: “que se pueden sacar en caso de necesidad, pero que también pueden volver a sepultarse en las profundidades del bolsillo cuando ya no son necesarias”²⁸.

²⁷ *Ibid.*, 119.

²⁸ Z. BAUMAN, *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2005, 9.

²⁶ L. ARENAS, *art. cit.*, 118.

Bauman no solo protesta contra la liquidez de las relaciones, también propone, siguiendo a Lévinas, pasar del “estar con el Otro” a “estar para el Otro”. Es decir, propone un tipo de relación que no tenga miedo a enfangarse por el desgaste y roce que implica un verdadero ejercicio de comunicación humana. No debemos evaluar continuamente las relaciones personales para saber si valen la pena o no, como si se tratara de un ordenador o cualquier otro cachivache de nuestro mundo tecnológico. Debe existir un compromiso moral detrás de cualquier relación humana digna de tal nombre²⁹.

Se vive como una liberación saber que, en caso de equivocarnos en nuestras elecciones románticas, podemos empezar siempre de nuevo. Pero el precio a pagar es muy alto: la fragilidad de la lealtad. Esta falta de seguridad y certidumbre que nos acompaña en nuestra vida cotidiana genera la angustia vital de saberse prescindible en cualquier momento. Este malestar explica la inflación psicologista que padecen las sociedades actuales. El individuo quería liberarse del yugo de las tradiciones y las jerarquías, pero

su vida arrastra una pesada carga que incluso necesita de psicólogos para poder sobrellevarla. No se puede ansiar la libertad de quien todo lo quiere y lo quiere ahora, sin pagar el precio de la inseguridad e incertidumbre³⁰. La miríada de terapeutas y sanadores son los testigos de estos miedos líquidos que nos acechan en las sociedades contemporáneas.

Pero no solo se han licuado las lealtades de las relaciones humanas, sino también la protección que nos brinda el Estado. En la sociedad líquida, el Estado de bienestar se ha transformado en el Estado de malestar. El Estado ya no protege al individuo de los peligros del mundo laboral, sanitario, etc. Ahora el individuo tiene que hacer frente a multitud de problemas que antes abordaba juntos a otros, pero que ahora encara completamente solo.

Bauman nos ha regalado una voz sólida para tratar no solo de entender, sino también de cambiar nuestra sociedad líquida. Sin duda, su obra nos ha dejado más despiertos en medio de la soñolencia de la liquidez de las relaciones humanas. ■

²⁹ L. ARENAS, *art. cit.*, 120.

³⁰ *Ibid.*